

Las madres centáurides

Paulina Rivero Weber

La tarde caía sobre las ruinas de la antigua Grecia. Ni en mis mejores sueños podría Olimpia ser más bella. El blancor de sus ruinas inmersas en la naturaleza tenía por fondo un cielo azul que pocas veces he llegado a ver. Pronto cerrarían el acceso, así que me encaminé a la salida. Al final del camino llamó mi atención un hombre viejo, de barba entrecana, que pedía limosna haciendo ruido con las monedas que contenía una vieja lata metálica. Era evidente que se trataba de un ciego: un hombre ciego sentado en las ruinas de Olimpia. Me conmovió recordar ahí al ciego más clarividente de la historia: Homero, a quien leí todo el tiempo que estuve en Grecia. Quizá fue por eso que en un arranque deposité en su lata todo el cambio que llevaba en la bolsa del pantalón. Él dijo en griego algo que no comprendí y me limité a decirle: “Buena suerte”. Para mi sorpresa el viejo, en perfecto español, preguntó: “¿Española?”. “No, mexicana”, respondí yo. “¡Mexicana!, vienes de muy lejos”. Mientras hablaba tocaba las monedas y al constatar la generosidad de lo recibido, me preguntó: “¿No quieres escuchar una historia?”. Realmente no tenía nada más que hacer y me sentía bastante sola, así que me senté un par de escalones por encima de él y comencé a charlar. Había aprendido español en Málaga, donde fue mesero: de hecho su acento recordaba el modo de hablar andaluz. De regreso a Grecia quedó ciego por un accidente en la heladería en la que trabajaba, y a partir de entonces se dedicaba a contar historias a turistas a cambio de algunas monedas. Hablaba francés, español, inglés y por supuesto, griego. Las historias de este individuo eran en realidad antiguos mitos griegos aderezados por su propia imaginación. Pero ¿no es acaso eso lo que hacían los viejos homéridas? Sí: este hombre era casi una reencarnación de Homero, así que finalmente me quité mi *back-pack* y le pedí que me contara una historia.

A mí, el viejo bardo me contó la historia de los Centauros y las Centáurides, pero lo hizo como si hubiera captado algo del espíritu de la época, algo del “inconsciente colectivo” y de ahí hubiera recreado un mito. Decía este Homero postmoderno que antiguamente existían seres con cuerpo de caballo que tenían torso y cabeza de ser humano, y se caracterizaban por ser tan indolentes como agresivos con sus féminas, como lo eran con el resto del mundo. Ellos y ellas vivían en lugares diferentes y los Centauros sólo las buscaban para procrear hijos y de inmediato se separaban de ellas. A cambio les dejaban toda la responsabilidad y el cuidado de los hijos, mientras que ellos se retiraban a vivir su vida salvaje. Con el tiempo, reclamaban la presencia de los jóvenes machos, a quienes les tocaba recorrer el mundo con ellos, y abandonaban a las hermanas hembras junto con sus madres, para correr la misma suerte: la procreación de la raza. De modo que entre la violencia y el abandono, las Centáurides se fueron retirando poco a poco al interior de las montañas de Tesalia huyendo de los Centauros. Mientras más buscadas eran, más recónditos lo eran sus escondrijos, pues las Centáurides ya no los querían ni querían tener hijos de aquellos Centauros que las maltrataban y las abandonaban. De esa manera, me dijo el viejo griego, llegó a su fin esa especie.

De regreso a mi hotel no pude evitar recordar las quejas de mis escandalizados colegas españoles con quienes había estado apenas unos días atrás: “¡Lo que sucede es que la mujer española ya no quiere tener hijos! ¡Las mujeres ya no quieren ser madres!”. ¿Sería esta historia de las Centáurides una metáfora de un fenómeno que comienza a suceder hoy en el mundo? Son pocos los países en los que la mujer en general ya no quiere tener hijos, pero en efecto comienza a suceder en España, Alemania o Italia, por dar algunos ejemplos. Pero ¿podemos tomar el mito de las Centáurides como una analogía adecuada

da? No me cabe duda alguna de que la mujer ha sufrido y sufre constantes abusos: abusos emocionales, psicológicos o físicos. No me cabe duda tampoco de que a la mujer se le suele dejar la responsabilidad de la crianza de los hijos. Y con esto no quiero decir que los abusos que sufre una mujer no puedan provenir de las mismas mujeres, de hecho sucede a menudo, porque la mujer vive en una cierta estructura que permite ese abuso, que facilita reproducir esquemas a través de los cuales se lleva a cabo abuso o se sufre. Sin embargo el abuso a la mujer más usual hoy en día proviene del hombre. Y pareciera ser entonces que la mujer educada está cada vez más preparada para no permitir el abuso de su tiempo y de su ser.

Lo que en realidad sucede es que la mujer ha cambiado, y resulta imprescindible que el hombre lo haga también, lo cual implica que se prepare para la corresponsabilidad en la crianza. Los cambios se han dado cada vez con mayor fuerza en el medio económico por parte de la mujer: ella ha ingresado e ingresa cada vez más al ámbito laboral y con ello, al de la corresponsabilidad económica. En ese sentido, ella ha ingresado a un mundo que hace muy poco era únicamente masculino: podríamos hablar por lo mismo de “la masculinización” del mundo de la mujer. Lo que haría falta es un poco de coherencia, esto es, faltaría la feminización del mundo del hombre. Asistimos a un mundo en el que una mujer puede ser taxista, mecánica, presidenta o directora de empresas. Falta asistir a un mundo en el que un hombre pueda compartir horarios laborales con tales mujeres, y aparte de laborar sea al igual que ella, niño, enfermero y educador de sus hijos. Para ello se requeriría que fuera capaz de adquirir un compromiso real en el cuidado de sus vástagos de la misma manera que ella lo hace.

Tener órganos genitales femeninos no brinda ninguna misteriosa habilidad para manejar artículos de cocina ni pañales sucios, pero tener órganos genitales masculinos, tampoco brinda una misteriosa inhabilidad para ello. A partir del ingreso de la mujer al ámbito laboral, resulta indispensable el ingreso del hombre al ámbito personal, individual, íntimo de su sociedad: la masculinización de las actividades del mundo femenino requiere la feminización de las actividades del mundo masculino. Hombres y mujeres pueden estar igualmente capacitados para ser mecánicas(os) o niños(as): la mujer que ha ingresado al mundo laboral requiere del hombre que funja como padre y pareja comprometida. Sólo así sería posible acordar horarios, modos y compromisos para una vida mejor. Por todo lo anterior, el mundo en que vivimos demanda cada vez más la apertura masculina hacia la corresponsabilidad. Urge que dejen de existir hombres que “colaboren” o que “ayuden” con la educación de los hijos, urgen hombres simplemente corresponsables, que se ocupen de sus hijos en la misma medida en que lo hace su pareja.

Quizá fuera exagerado, hoy por hoy, pensar en que la humanidad peligrase de la misma manera y por las mismas causas por las que se extinguió en aquel tiempo mítico la especie de las Centáurides. Sin embargo, el destino de los Centauros y las Centáurides lo viven muchas mujeres de manera individual y el único camino para evitarlo es el de la corresponsabilidad total. La única salvación para la mujer madre, para los hijos y para el mismo hombre yace en la comprensión del profundo significado de esas dos palabras: corresponsabilidad total. **U**

Adelanto del nuevo capítulo agregado a la segunda edición de *Se busca heroína*.



Centaurios, el Partenon, Atenas, 446-438 a.c.

